

---

LUZ MACHADO DE ARNAO

## Yo conocí a Gabriela Mistral

LA vi llegar a su patria después de 16 años de ausencia. Gabriela, vestida de tonos tristes, adusta la cabeza gris de lisos cabellos, pálida, sin una joya, sin otra gracia humana que la de su alma revelándose, llena como de fatiga y con parcas, fraternales palabras. Fué el 9 de septiembre de 1954, cuando nuevamente la invitaba el Gobierno de Chile para rendirle honores, otorgarle el título de Doctor Honoris Causa de la Universidad de Chile, creado para ella, declararla huésped ilustre de las ciudades que visitaba desde Valparaíso hasta su propio valle de Elqui, en el norte, y ensalzarla y vitorearla y decirle de viva voz la admiración de la patria suya por cuanto había estado dando de sí a la poesía y a las relaciones humanas.

Venía en barco y en cada puerto chileno que tocó hubo para ella homenajes. Las Municipalidades le dieron medallas de oro en recuerdo, los escolares la rodearon, el pueblo la redescubría. Santiago estaba esperándola con la declaración oficial de día festivo. El Ministro de Educación fué a recibirla acompañado de altos funcionarios. Un tren especial en el que viajó al lado de su grande amigo de siempre, Hernán Díaz Arrieta (Alone), crítico admirador de su obra, se vió escoltado a todo lo largo del trayecto entre el puerto y la ciudad, por largos cordones de escolares, que de todas partes acudieron a verla pasar. En la Estación Central se congregaron alrededor de cien mil personas y a lo largo de la Alameda Bernardo O'Higgins, arteria principal de Santiago, recibió el homenaje de la ciudadanía que le regaba flores y cantaba sus *ron- das infantiles*. En auto descubierto se dirigió la comitiva hacia el centro. El Intendente de Santiago le dió la bienve-

nida. La Alcaldesa le presentó sus saludos. Del brazo del Ministro de Educación tomó el vehículo. Tres radiopatrullas de Carabineros seguidos de "huasos" a caballo y de treinta y seis abanderados de Liceos de la capital que portaban pabellones nacionales, iniciaron el desfile. Abrían calle destacamentos de las Escuelas Militar, Naval y de Aviación, en un desfile que duró cuarenta y cinco minutos. Alumnos de todos los Liceos de la República marginaban el trayecto. Gabriela pasó bajo un arco de flores. Y a las 6 y 30 de la tarde, aproximadamente, llegó a Morandé 80, dirección de La Moneda, Palacio Presidencial. Allí el Presidente Ibáñez la esperaba. Acompañada por el Jefe de Protocolo, descansó breves momentos en el Salón Blanco. Pasó al Salón de Honor, donde fué recibida por el Presidente, Ministros de Estado, Subsecretarios, Intendente, Edecanes de S. E., y seguidamente fué conducida al Salón Rojo, donde le esperaban las señoras del Primer Magistrado y de los Ministros. La Alcaldesa la declaró Huésped Ilustre de la Ciudad y el Ministro de Relaciones Exteriores le dió la bienvenida acompañado por todos los Jefes de las Misiones Diplomáticas. Entonces Roberto Aldunate, Canciller, la presentó en uno de los balcones de Palacio diciendo: "aquí os la dejo, pueblo, que queréis escucharla!"... Gabriela apareció. Vestía un severo traje y abrigo gris, la cabeza descubierta, toda ella alta, delgada, ¡se veía tan sola! Una ovación cerrada se alzó en la Plaza Constitución.

Su voz empezó a soltarse como una brizna en el aire crepuscular. Flotaba monótona, seca cayendo en una misma nota siempre, como en depresiones ineludibles. Decía, dijo, cosas simples. La

maestra rural parecía estar contando apenas la vigilia de la noche anterior. ¡Qué resplandor el de su cabeza encanecida! ¡Qué perfil de egregia sabiduría! ¡Qué sencilla solemnidad! Ni alabó, ni denigró. Ni se sirvió de la oportunidad más que para su cercanía indiscriminada hacia toda la gente que fué a rodearla, por curiosidad, por deber o por emoción. Su palabra seguía al pensamiento como sus pasos la voluntad propia. Tenía la lentitud que la serenidad auspicia: "Nunca fuí más feliz —dijo— que cuando supe que los campesinos tenían su pedazo de tierra propia". La siembra, la mínima propiedad sobre este mundo, movieron su corazón. Ella conocía la vid, el lagar, la vendimia, el vino, las cuatro estaciones del hombre en su materia. Y sabía que ellos solamente querían, allí donde sus manos han plantado el árbol y conocido el fruto, reposar su cabeza, para que la muerte fuera leve, para cuando llegara la hora...

Cuando se despidió y dió la espalda a la multitud, descubrí más de un par de ojos, húmedos. Se comentaba su mal estado de salud.

Al día siguiente la recibía la Universidad. Tuve más suerte esta vez. Quedé frente al estrado. Arriba flameaban las banderas de los 21 países americanos, sobre las cabezas del Cuerpo Diplomático. La acompañaban el Ministro de Educación, el Rector, el Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, el Secretario General de la Universidad y su Secretaria. El Coro Universitario cantaba melodías con poemas suyos. Sonreía ella cuando puso el pie derecho sobre la tarima roja. Llevaba los zapatos negros, cerrados, bajos, de gamuza; un abrigo gris sobre traje azul plomo. Tenía las manos libres. Se sentó después de la ovación. Le miré a gusto el rostro. Pálida, negras y bien curvadas cejas rodeaban los ojos vivísimos azules, brillantes; la nariz de rasgo judío cayendo sobre el labio superior. Se mordía insistentemente el inferior. La frente lucía ancha y fresca; las orejas descubiertas, la garganta estriada por el tiempo. Tenía una hermosa sonrisa. Comenzaron los discursos. Los ojos vagaban algunos minutos sobre el auditorio y caían en el orador. A ratos, los cerraba, como si apretara lágrimas. Cuando llegó el momento de ofrendarle el título,

todos nos pusimos de pie y se aplaudió largamente. Ella entonces se adelantó a agradecer. Frente al micrófono ya sentada, se puso los anteojos, hojeó las cuartillas y comenzó a hablar con su "voz de vencido". Sin sonreír, su rostro revelaba amarga y secular desolación. Cuando dijo las últimas palabras, dobló las cuartillas y alzando el rostro declaró: "¡lo demás se me quedó en casa! Me he portado como una niña olvidadiza. Perdónenme. Pero yo quiero, con la venia del Rector, hablar a ustedes". Y Gabriela habló durante una hora sobre los pueblos de Europa, sobre la miseria y la forma de combatirla, sobre la ayuda de unos a otros; habló de Italia, a la que parecía admirar mucho, de Dinamarca y sus formas económicas, de otros pequeños pueblos, "que no deben esperar sólo la ayuda de los grandes". Habló de Chile. Reveló su inquietud por su destino. Y preguntó varias veces al público si los mineros habían logrado reivindicaciones. Un corto silencio cubrió la sala. Continuó hablando. Parecía fatigarse. Recomenzaba la frase. Estaba turbada, indudablemente. Se le acercaron el Ministro, el Rector y su secretaria Doris Dana —una versión literaria de la actriz Katherine Hepburn— y en voz baja... ¿Qué le decían?... Ella sonreía, y seguía, seguía. Doris le pidió las cuartillas y las guardó. Le secreteó algo y ella respondió: "Está bien chiquita..." Gabriela se despidió del público. Eran las 9 y 30 de la noche. Un grupo joven se abalanzó hacia el estrado. Hubo de salir casi en brazos del Ministro y del Secretario Feliú Cruz.

Ahora Gabriela Mistral ha muerto en Nueva York. Premio Nobel de Literatura, fué para América Latina la primera gloria y venida por palabra de mujer. Su poesía perdurará. Como madera tallada, como piedra en la que se descubre la insistencia del oleaje, tierra palpitante cuya música fué bárbara, sus cantos resonarán en el tiempo con la misma fuerza con que fueron engendrados, zumo de congoja y amor, de deslumbramiento y furia, de himno primitivo y recia ternura americana. Más pasó la vida envuelta en "una ola de salmuera" que unguenta del resplandor de los que amaba. Atribulada y altanera, parecía estar ro-

deada de un cárdeno cilicio. Ahora, "reclinado su corazón en el pecho de Dios terrible y fuerte", ya no temerá "abrir el párpado a la visión terrible". Ya no tendrá que rogar: Tú no esquives el ros-

tro, Tú no apagues la lámpara, Tú no sigas callando... Polvo habrá de ser y ojalá lo sea junto a los huesos del suicida amante, cerca de las viñas, bajo el puro cielo azul de su tierra.